



"EN MIS tiempos..."
Y la señora se explayaba sobre las películas que ella recordaba, las canciones que cantaba, las melodías que bailaba y las representaciones teatrales a que asistía.

"En cambio ahora..."
Y el cúmulo de calamidades que la señora enumeraba no tenía fin.

Generalmente, y por ser el medio más popular, los sonrosados recuerdos se dirigían al cine, a las estrellas verdaderas que poblaban antaño los ecranes, a las superproducciones que la hacían reír y llorar. ¡Esas sí que eran películas!

Pero, en estos días, la señora se ha callado. Hay algo que ha ensombrecido sus bellos recuerdos de otrora y la ha

**Pero...
¿hubo
alguna vez
una época
de oro
del cine?**

hecho dudar de su memoria. La prueba es demasiado contundente para intentar rebatirla. La pequeña pantalla que tiene en su casa y que se llama televisión ha osado volver a darle la oportunidad para que vea las películas que ella tanto añoraba y a las estrellas de otros tiempos, que el recuerdo había glorificado. Y se ha aburrido.

Porque nada hay más desconcertante que comprobar cómo han envejecido las grandes películas de hace diez años.

Sin pretenderlo, la televisión al mostrarnos films de años pasados ha realizado una gran obra desmitificadora. Y algo más. Ha puesto en evidencia cómo el cine, al que pomposamente se le llamó el séptimo arte, no pasa de ser un artículo de consumo que después de degustado carece de atractivo.

Cierto es que hay excepciones, que

en medio de la vorágine de la producción cinematográfica hay películas y estrellas que se salvan de una segunda mirada. Pero son la excepción. La excepción que confirma la regla.

GRAN PARTE del progreso científico y tecnológico ha nacido de la necesidad del hombre de detener el tiempo, de derrotar el olvido. Primero, el arte y la literatura cumplieron esa función. Un cuadro, un relato intentaba fijar para siempre una experiencia o una visión. Luego vinieron las fotografías, el cine, las grabadoras, aparatos todos que pretendían perfeccionar la función humana del recuerdo. Y la perfección fue



tal que se mató lo único que hace al recuerdo soportable: su idealización.

Ahora, para llenar espacio en la televisión, se han sacado de las bodegas viejas películas y el resultado es aterrador. Una Greer Garson que en otros tiempos nos pareció señorial y fina actriz, hoy la vemos deslavada y mediocre; un Mickey Rooney que fue un héroe de nuestra adolescencia, hoy se aparece como un enano gestero y burdo. Las superproducciones que nos parecieron audaces y fueron motivos de animados comentarios, hoy, al ser vistas en la pequeña pantalla de televisión, se nos figuran fáciles clisés de lugares comunes. Tiemblo de pensar que algún día la televisión nos pueda hacer la mala pasada de mostrarnos "El Ciudadano", de Orson Welles, que en su época nos pareció el non plus ultra del

atrevimiento y la audacia cinematográfica.

¿NO VEN? Dirán las nuevas generaciones. "Toda la palabrería sobre la época de oro del cine son cuentos de viejas. El cine actual es mucho mejor."

Despacito por las piedras.

Lo aterrador de la experiencia que comentamos es que hay que proyectarla hacia el futuro y pensar que, en diez años más, el ver una película de Bergman nos puede producir el mismo hastío que las realizaciones cinematográficas pasadas nos producen ahora. Y, tal vez, quiero pensarlo, Bergman no sea el caso, pero sí los héroes cinematográficos que llenan hoy las salas, sean éstos los James Bond y sus seguidores, los westerns estilo italiano que ahora también se hacen en Hollywood y las estrellas pseudoeróticas, como la Brigitte Bardot, Raquel Welch o Jane Fonda. Porque no está lejos el tiempo que estos tópicos y estas estrellas pasen a rellenar horas de televisión, y la gente al verlas dirán, como decimos ahora, ¿cómo alguien se pudo entretener con esto? ¿Qué le podían encontrar a esta actriz?

Y es que cada día con más intensidad, el cine y el teatro corresponden a una moda, son expresión de aspectos superficiales y contingentes y se alejan, cada día más, también, de expresar lo que tiene de inmutable la naturaleza humana.

Por eso, en cine, ya no se da un Chaplin.

Por eso, también, la nueva moda en teatro consiste en prescindir del autor y buscar en la improvisación la forma directa de expresión teatral.

Por eso, en la canción popular, no existe hoy nadie comparable a Gardel.

CUANDO JORGE Manrique escribió sus célebres "Coplas", no había televisión, ni cine, ni máquinas fotográficas, ni grabadoras de sonido. Sólo la memoria. Así pudo escribir: "Como a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor".

A nosotros, en lo que respecta al cine, nos han truncado una ilusión. La TV se ha encargado de mostrarnos que, después de todo, nuestros recuerdos nos engañaban y que las películas de ayer, en el mejor de los casos, eran tan mediocres como las de hoy.